

Tío Conejo: Testimonio de
Memoria y Creatividad
Afroamericana

Nina S. de Friedemann

*De generación en generación, a través
de la memoria, la mente transporta a la
cultura.*

Jan Vansina

LAS MEMORIAS CULTURALES DE LOS AFRICANOS QUE EN América, se convirtieron en palenqueros, bozales, horros, ladinos y libertos entre otros, y después del tráfico de la trata de **negros** – in término que actualmente los afrocolombianos reivindican en sus procesos de afirmación étnica-, son actualmente el foco de atención de estudios y estudiosos de tradiciones orales en áreas tan ricas como el Valle del Cauca en Colombia.

Javier Tafur González, él mismo, un narrador de cuentos, se ha dedicado en esta ocasión a correr detrás de Tío Conejo, actualmente, uno de los símbolos en las vivencias de las culturas afroamericanas. Su intención en este libro es no solo la de mostrar el origen africano del protagonista, sino la función reguladora de Tío Conejo en la cultura y en las circunstancias sociales donde el pícaro que él encarna tiene aún validez social.

Saber que Tío Conejo vive en Dagua, en las tradiciones que el historiador senegalés Yoro Fall llama **oralitura** (1992) que es una vía para observar la sociedad en su intimidad y acceder a una serie de sus evidencias secundarias sobre su funcionamiento, permite además, hablar de la existencia de huellas de africanía.

Dagua, es uno de los ríos que en la colonia y la temprana república colombiana recorrieron los bogas negros a quines Jorge Isaacs se refirió en **La María**. Subían las aguas entonando “bundes” como se conocía a algunos cantos de trabajo de los negros:

*“...Se nos junde ya la luna
remá, remá...”*

y con cuya elaboración lírica en sus **Cantos Populares de mi tierra**, Candelario Obeso, el poeta negro de Mompoix inició en 1877 la Poesía Negra en Colombia:

*Qué trite que etá la noche
La noche qué trite etá
No hai en er Cielo una etrella...
Remá, remá.*

Las huellas de africana, entendidas como memorias, sentimientos, aromas, formas estéticas, texturas, colores, armonía, constituyen materia prima para la etnogénesis de la cultura negra. En la cual una compleja dinámica de creatividad y transformación aplica además la participación de supervivencias y sincretismos y dentro de ello, no solamente lo africano sino también lo europeo y lo aborígen americano.

Desde luego que al hablar de huellas de africanía, es preciso referirse a los procesos de reintegración étnica ocurridos entre los esclavos desde el siglo XVI, de manera simultánea a la trata, cuando gente de igual o similar procedencia volvió a encontrarse en escenarios distintos a los de su cotidianidad africana. Tales procesos serían los marcos para la génesis de nuevos sistemas culturales afroamericanos, que debieron haberse iniciado tan pronto como en las factorías de esclavos de las costas africanas se juntaron las primeras víctimas.

Aunque los africanos en la trata -adultos en su mayoría- llegaran desnudos de sus trajes, armas y herramientas, desposeídos de sus instrumentos musicales y bienes terrenales, por fuerza traían consigo imágenes de sus deidades, recuerdos de los cuentos de los abuelos, ritmos de canciones y poesías o sabidurías éticas, sociales y tecnológicas. Y desde luego el gusto de contar y de cantar. Es preciso entonces, descartar el hecho de que el bagaje cultural de los africanos hubiera podido ser aniquilado entre el momento en que fueron apresados para la trata y su llegada a América. Más bien, empieza a explorarse el proceso de cómo tales íconos o representaciones simbólicas,

señaladas como huellas de africanía , han llegado a reflejarse en los sistemas de las culturas negras. Y para el efecto, se considera el papel de refugios de africanía que jugaron los cabildos de negros que en el caso de Cartagena de Indias, fueron en un primer momento enfermerías. Allí, los esclavos que se recuperaban cuidaban a los recién llegados. El alivio del infortunio no era sólo físico, pues la desgracia era también cultural. Encontrar un modo de comunicarse debió ser la urgencia primordial: con cantos y cuentos, con ritmos y recuerdos. Los cabildos, así, se convirtieron en tempranos escenarios de la génesis del sistema cultural del negro en Colombia.

Este trabajo de Javier Tafur **Origen africano de Tío Conejo** es una contribución al conocimiento de la dinámica del control cultural (Bonfil Batalla 1987), mediante la cual elementos gramaticales u orientaciones cognoscitivas en términos de Mintz y Price (1976) e iconográficos, aludiendo a Bateson (1972) de las culturas africanas, permanecieron en el consciente y en el subconsciente de los portadores de la nuevas culturas negras, para surgir en narrativas, expresiones o gesto. Así mismo, en ricos teatros religiosos y sociales: fiestas de santos, carnavales, velorios, rituales de funebria o danzas acuáticas en honor a figuras sagradas en amplios horizontes geográficos. Y dentro de todo ello en el extraordinario corpus de lo que el antropólogo chocoano Rogerio Velásquez denominó en 1959 **Cuentos de la Raza negra**. Que hacen parte del legado ancestral de valores que aluden a memorias individuales y colectivas, como pilares de lo telúrico en la cotidianidad y a las cuales Javier Tafur González se acerca en este trabajo.

Tafur por su parte, entiende que el profundo amor por la palabra, es una de las esencias del ser negro-africano, en su continente y e su hábitat americano. Y por una razón aún no declarada escoge al Tío Conejo para encontrar el eco africano de esos relatos, y emprende su camino tras de él y sus peripecias con culebras, tigres, caimanes, zorros y hasta sapos que al fin y al cabo son la cotidianidad de la vida. En su trasegar analítico frene a aquellas posiciones teóricas que hablan de la “deculturación inexorable” de africanos y afroamericanos y de la desaparición de sus tradiciones ancestrales, toma partido al afirmar: “No hubo

regreso a cero..., no podía haberlo" las experiencias se fusionaron en la resultante histórica que hoy nos constituye".

Tío Conejo, conforme dice Tafur, llegó a América después de haber vivido en España y en Portugal, cuando viajó desde el occidente africano en los navíos que desde 1482 llevaron a la península a muchas de sus gentes. Por supuesto que el viaje más penoso fue el emprendido desde las factorías de esclavos en las costas de África. Desde ese entonces ha sido personaje astuto y recursivo frente al poder y la fuerza del dominante encarnado por Tío Tigre. "...entró a las minas, al batey, corrió por los cañaduzales y los campos de algodón y de tabaco acompañando al negro, con él huyó al palenque...", reitera Tafur. Claro que en América dejó de ser la liebre que en África reta al antílope, pero siglo tras siglo en su asentamiento americano sigue enfrentando con miles de ardidés al tigre. Y aunque recientemente lo encontraron en el Chocó engullido por el tigre, personificación del amo, del jefe, del blanco (Friedemann y Vanin 1991), ello solo muestra la gran dinámica de interpretación social que tienen la tradición oral u **oralitura** en el género del cuento entre los descendientes de africanos en Colombia.

El porvenir de Tío Conejo en las narrativas de los afrocolombianos es incierto. Porque así como en el pasado incursionó por entre palenques y cañaverales y actualmente Tafur lo encuentra en las vecindades del río Dagua, recientemente también ha empezado a aventurarse entre paredes de cemento en Quibdó. Así, en el futuro podría arriesgarse a subir las montañas de los fríos Andes a donde ya han llegado muchos tíos tigres.

Para ese entonces, quizás, Tío Conejo abandone el subterfugio y las artimañas de la sobrevivencia y adopte una actitud heroica en torno a sus derechos a ser. Un comportamiento que aunque Javier Tafur no encuentra tipificado en los relatos que son tema del presente libro, fue suficiente para convertirlo en protagonista del interés investigativo, docente y literario del autor. Queda aún pendiente la contestación a mi inquietud sobre las razones que el autor Tafur tuvo para correr tan certeramente detrás de Tío Conejo.

Bogotá, abril 23 de 1992.